

CUADERNOS COMUNITARIOS

ANDALUCIA ACOGE
CENTROS DE ACOGIDA DE INMIGRANTES EXTRANJEROS



EL ISLAM

1

ANDALUCIA ACOGE

C/. Aguilas, 5 - 1.º
41004 SEVILLA

El islam

Ninguno de vosotros será realmente creyente, mientras no quiera para su prójimo lo que quiere para sí (Hadit del profeta).

1. Aclaración de algunos prejuicios

El islam es cronológicamente la tercera y la última de las grandes religiones reveladas. Lo mismo que el judaísmo y el cristianismo, se apoya en una ley contenida en un libro: *el Corán*. Lo mismo que el judaísmo y el cristianismo, tiene su profeta: Muhammad o Mahoma.

Pero la ley islámica abroga a las que la precedieron: la ley de Moisés que fundamentaba la alianza con Israel, y la ley de Jesús, hijo de Dios. Al venir detrás de las otras dos religiones reveladas, el islam pretende rectificarlas y perfeccionarlas. Quiere ser un retorno a la religión primera, auténtica, desfigurada por los judíos y los cristianos. Por esta razón, si es verdad que hay muchos puntos de convergencia entre las tres religiones, éstas siguen siendo irreconciliables. La profundidad de este divorcio no impide por ventura que haya un diálogo dinámico y fecundo entre creyentes.

Actualmente, sin embargo, y a pesar de una rica

civilización pasada, el islam y lo que se llama su «despertar» suscita en los occidentales algunas inquietudes y hasta una franca hostilidad.

Esta hostilidad se ve a menudo fomentada por la ignorancia y los prejuicios. Por ello no será inútil comenzar con algunas puntualizaciones.

a) *El islam no se confunde con el mundo árabe*

Es verdad que nació en tierras de Arabia; el profeta hablaba en árabe, y el Corán está escrito en árabe, aunque fuera un árabe primitivo. Pero ¿acaso se dice que el cristianismo es galileo porque Jesús viviera en Galilea y hablase en arameo?

Mas la *vocación universal* del islam —como la de toda religión— lo impulsó rápidamente a extenderse por Africa, por Asia y por Europa. Y actualmente, de los 750 millones de musulmanes* repartidos por el mundo, sólo 125 son árabes: *uno de cada seis*.

Muchos de nuestros compatriotas se sentirían embarazados y luego extrañados si se les preguntase la lista de los cinco mayores Estados de población musulmana. Ninguno de ellos es árabe: Indonesia (140 millones), Pakistán (80 millones), Bangladesh (80 millones), la India (70 millones) y la URSS (45 millones). Las dos terceras partes de los musulmanes del mundo viven actualmente en Asia: cuatro veces más que en los países árabes.

b) El islam no es la religión del fatalismo

Se tiene ordinariamente la idea de que la sabiduría musulmana se expresaría en fórmulas como «¡Inch Allah!, ¡Mektub!», que se traduce por: «Es la voluntad de Dios, o sea, el destino, contra el que no se puede hacer nada».

Pero precisamente «voluntad de Dios» y «destino» son dos nociones sumamente distintas. La misma palabra islam significa *sumisión*; el musulmán es aquel que se somete a la ley de Dios. La obediencia a Dios es ciertamente la actitud fundamental del «creyente». Creer se dice «imán», un término relacionado con el hebreo «amén». Obedecer a Dios es creer:

– Creer ante todo que *Dios está con nosotros*, «más cerca de nosotros que nuestra vena yugular», como dice el Corán; el que se fía de Dios no tiene nada que temer.

– Creer es también estar cierto de que todo cuanto acontece, por venir de Dios, no puede más que ser bueno para el hombre, a pesar de las apariencias en contra. No se pueden plantear cuestiones a Dios. Hay que *aceptar* todo lo que él envía.

– Creer es finalmente *seguir la ley de Dios*; una ley que indica con precisión el valor de cada una de las acciones humanas. Por consiguiente, no se puede creer sin obrar, sin obrar bien.

De este modo, el fiel musulmán no es fatalista, sino *paciente*¹, *obediente* y *activo* en presencia de Dios. La paciencia, más exactamente «sabr», es una de sus grandes virtudes. Pero su sumisión no es resignación. Es adhesión a la voluntad divina. Su «mektub» es un «fiat», un «amén». «Dame a conocer, Señor, tu voluntad, para que la cumpla»...

c) El islam no es tampoco fanatismo y «guerra santa»

Primeramente, es necesario advertir que, si hay fanatismo, no se trata de una exclusiva del islam. Por su convicción de ser la única verdadera, toda religión lleva dentro de sí la tentación de esta perversion.

El fanatismo *no está ni mucho menos inscrito en la ley del islam*. Al contrario, el Corán recuerda que no hay que convertir a nadie a la fuerza². Insiste en la moderación y en la exigencia de justicia.

Históricamente, si a veces la guerra –como todas las guerras, pero sobre todo las guerras de religión– se ha hecho con ferocidad, conviene tener en cuenta dos cosas. Muchas veces ha sido obra de pueblos recién convertidos, ardentemente intolerantes y conquistadores. Y que «la conquista de Jerusalén por los musulmanes no hizo correr ni una gota de sangre, mientras que los cruzados hicieron allí millares de muertos».

En cuanto a la «guerra santa», la famosa *yihad*^{*}, está lejos de ser un combate a ciegas, en el nombre de Alá, como se dice generalmente. Como regla general, para el Corán, el valor primero es la *paz*: «Vosotros, los que creéis, entrad en la paz». Como para el cristianismo, sólo se admite la legítima defensa: «Al que os ha atacado, atacadle exactamente como os atacó, y temed a Alá. El está con los que le temen» (Corán 2, 193).

La *yihad* es ante todo un combate interior contra el mal, una resistencia a las fuerzas malignas que hay en el hombre. Es un *esfuerzo permanente* del alma por rechazar a los ídolos para seguir sólo a Dios.

Tan sólo a continuación es guerra santa contra el impío. Guerra de defensa o de conquista de la independencia, que hay que situar en el contexto histórico de la vida del profeta.



Después de haber disipado estos prejuicios –más tarde veremos algunos otros–, se ve mejor cómo la ley musulmana se centra en Dios y en la ley que él dio a los hombres por medio del último de sus profetas, Mahoma.

Antes de narrar su vida y su revelación, indiquemos que los musulmanes nunca se llaman a sí mismos «mahometanos», discípulos de Mahoma (como los cristianos son discípulos de Cristo). Una vez más, lo primero y lo único en el islam es la fe en Dios.

2. El profeta y su revelación

a) El país de Mahoma

Cuando Mahoma, o Muhammad, nació en el año 570³, la ciudad de La Meca era una ciudad comercial de unos diez mil habitantes en la encrucijada de dos imperios: al nordeste, la Persia de los sasánidas, y al norte y al oeste, el imperio bizantino, que ocupaban Egipto y Siria. Por allí transitaban las sedas de China, las especias de la India y los perfumes del Yemen, destinados a Bizancio y al resto de Europa.

La Meca era una ciudad-Estado gobernada por un consejo hereditario de diez miembros pertenecientes a las grandes familias comerciales, entre ellas la de Mahoma. Tanto como por su riqueza y su administración, la ciudad era famosa por su templo. Se trataba de la célebre Ka'ba^{*}, de la que se decía que había sido fundada por Adán y reconstruida por Abrahán. Todos los años acudían turbas de peregrinos de toda la Arabia a venerar el templo, y especialmente su piedra negra angular o el fresco que representaba al niño Jesús y a su madre María.

Es que los mequies, como los pueblos nómadas de alrededor, adoraban a un dios único –aunque rendían también culto a los 360 ídolos que rodeaban la Ka'ba–, conocían a Jesús y vivían como hombres justos y generosos⁴.

Muhammad ben Abdallah, hijo de Amina, pertenecía a la tribu nómada-pagana de los quray. Según la Sira*, perdió muy pronto a sus padres y fue educado por su abuelo y luego por su tío Abu-Talib. A la edad de 25 años, entró al servicio de una rica viuda, Jadiya, que le llevaba 15 años. Poco después se casó con ella y tuvo tres hijos y cuatro hijas, que fueron las únicas en sobrevivir. Caravanero como su padre, viajó entonces por asuntos de negocios por Siria, Yemen, Omán y –según dicen algunos– por Abisinia. La tradición dice que trató con monjes cristianos.

Por entonces, Mahoma había adquirido ya la fama de hombre honrado y justo, apodado Al Amin, el «digno de confianza». A este propósito, se cuentan dos anécdotas. Fue durante la reconstrucción de la Ka'ba, demolida por un incendio; los diversos clanes se disputaban el honor de transportar la piedra negra; Mahoma, designado como árbitro, tuvo la idea de hacerla llevar sobre un gran paño que cada uno sostendría por los bordes; así se hizo con gran satisfacción de los adversarios reconciliados.

La segunda historia es la de la adopción de Zaíd. Este joven cautivo había sido comprado por Mahoma, que le trataba con cariño; pero su padre logró encontrarlo tras muchos años de búsqueda y ofreció por él un rico rescate; Mahoma propuso dejarlo gratuitamente en libertad con la condición de que el joven esclavo siguiera libremente a su padre; Zaíd prefirió quedarse al lado de Mahoma, que lo adoptó como a su propio hijo.

El futuro profeta añadía una gran piedad a esta honradez y generosidad. A menudo, desde la edad de 25 años, se retiraba, el mes de Ramadán*, a unas millas de La Meca, a la cueva de Hira; allí pasaba varias semanas meditando.

c) *La revelación*

Fue allí, durante un día de invierno, donde tuvo su primera visión. Se le apareció el ángel Gabriel, repitiéndole: «Recita: Yo soy Gabriel, el ángel que Dios envía a anunciarte que te ha escogido por mensajero encargado de llevar a los hombres su revelación». Y el primer mensaje decía: «Lee en el nombre de tu Señor, que creó al hombre de un coágulo. Es tu Señor, el más noble, el que enseña al hombre lo que no sabe».

Desconcertado e inquieto, dudando de lo que había oído, Mahoma se confió a Jadiya, que lo animó. Se lo llevó a ver a un primo suyo, anciano ciego convertido al cristianismo, Waraqa Ibn Nofal. Este, a su vez, confirmó su visión y le advirtió: «Este mensaje es parecido a la Torá de Moisés... Espera verte perseguido como todos los profetas».

Sólo algunos familiares creyeron en esta revelación: su esposa Jadija, su hijo adoptivo Zaíd, su primo Alí, su amigo más fiel Abu-Bakr y Omar⁵. Pero durante tres años, el arcángel se mantuvo invisible y mudo; las gentes se reían de Mahoma y Mahoma se desesperaba. Huyó de nuevo a la montaña en donde finalmente se le volvió a aparecer Gabriel, que le tranquilizó: «Tu Señor no te ha abandonado... ¡No oprimas al huérfano! ¡No rechaces al mendigo! ¡Y narra el beneficio de tu Señor!» (Corán 93, 3-11).

Desde entonces, afianzado en su fe, Mahoma empezó a predicar entre los habitantes de La Meca. Dos temas predominan en sus primeros sermones: el de un Dios único y justiciero al que hay que someterse, y el de un juicio último después del cual resucitará el hombre. Si la gente sencilla escuchó y siguió al profeta, los ricos mequies se indignaron contra él y empezaron incluso a perseguir a sus primeros adeptos.

d) *¿Influencias recibidas?*

No es posible hacer aquí más que algunas observaciones sobre las semejanzas y coincidencias entre estos primeros pasos del profeta y los de Moisés y Jesús.

Como sus predecesores, Mahoma es un hombre «justo» y «piadoso». A los tres les gusta retirarse al desierto a meditar. Allí, lejos del tumulto de la gente y de la ciudad, oyen hablar a Dios. Ordinariamente es en la cima de una montaña, cerca del cielo en donde moran los dioses, donde lo encuentran: el monte Sinaí, el monte Tabor, el monte de las bienaventuranzas... Los tres habían alcanzado ya la edad madura, los 30 o los 40 años, cuando tuvieron una experiencia que desconcertó su vida hasta entonces bastante vulgar.

Al principio, todos ellos se asustan y tienen que vencer la duda y las tentaciones antes de creer en su misión. Tampoco puede decirse de ninguno que fuera «profeta en su patria». Y son los humildes, los pobres, los primeros en seguir a aquellos «pescadores de hombres», mientras que la gente distinguida, los sacerdotes, los fariseos, los burgueses, les persiguen. Finalmente, sus mensajes –con algunos matices distintos en Jesús– anuncian a un Dios justo que exige la sumisión a sus mandamientos.

De aquí han deducido algunos que, sin intención de plagio, cada uno de los fundadores se vio influenciado por los mensajes anteriores. Así, Mahoma habría conocido a algunos creyentes judíos y sobre todo cristianos presentes en La Meca.

Pero, por un lado, no puede probarse ningún contacto concreto. Y por otro, lo que caracteriza a Moisés, a Jesús y a Mahoma es, por el contrario, que cada uno de ellos renueva de forma personal los temas religiosos habituales. Puede pretenderse igualmente que sus visiones y sus doctrinas no son más que los productos del «aire de la época», de un ambiente común: civilización oral, patriarcal, cercana a la naturaleza...

Todas estas explicaciones no son de hecho más que hipótesis. No son más convincentes que la de la autenticidad de una experiencia espiritual incommunicable. Fueron precisas algunas circunstancias favorables. Pero no bastan sin duda para provocarlas. Es difícil reducir el discurso religioso a sus antecedentes psico-sociológicos. La profundidad, el vigor y la originalidad de la emoción religiosa ¿no atestiguan acaso un «motor» distinto del mundo y del individuo?

e) Primeras predicaciones y rupturas

Sea de ello lo que fuere, ante las primeras persecuciones de sus primeros seguidores, Mahoma les aconsejó que se refugiaron junto al rey cristiano de Abisinia. Aquello no hizo más que exacerbar más aún el furor contra los discípulos que se habían quedado en La Meca. Se les apartó del comercio y de la vida social; incluso se negaron muchos a venderles alimento. Finalmente, declarado fuera de la ley por Abu Lahab ⁶, peligrando su vida, Mahoma huyó a Taif.

Rechazado allí, tuvo que volver a refugiarse al lado de un amigo no musulmán de La Meca. Fue entonces cuando intentó convertir más bien a los peregrinos que acudían todos los años a la Ka'ba; no tuvo mucho éxito, excepto con algunos habitantes de Yatrib. Estos, cada vez más numerosos, invitaron al profeta y a sus fieles a buscar asilo en su ciudad. Por consejo de Mahoma, éstos partieron en secreto, en pequeños grupos. El, amenazado de muerte, acabó uniéndoseles con su amigo Abu Bakr, después de varias aventuras.

Posteriormente, Yatrib tomó el nombre de Medina-al-Nabi (la ciudad del profeta), o más simplemente *Medina*. Este acontecimiento tomó también el nombre de *Hijra* o Hégira*, o sea, la emigración, la expatriación. Fue el 12 rabi (24 de septiembre) del año 622. Esta fecha se convertiría para los musulmanes en el punto de partida de un nuevo calendario: el año 1 de la Hégira. Mahoma tenía entonces 52 años, y podía decir: «He dejado mi familia y he abandonado mis bienes por la Hégira, en el camino de Dios».

Así lo había hecho también Moisés dejando Egipto por la «tierra prometida»; y, antes de él, Abraham, dejando Ur por orden de Dios. También Jesús había declarado de forma similar: «Ven y sígueme...; deja tu casa, tus hermanos o hermanas, tu padre o tu madre, tus hijos o tus campos...». Y también: «El que, habiendo puesto la mano en el arado, vuelve la vista atrás, no vale para el reino de Dios» (Lc 9, 62).

El éxodo, la ruptura, ¿no es siempre el primer paso para una experiencia religiosa?

f) La vida en Medina

Cuando Mahoma fue acogido en Medina, la ciudad tenía dos graves problemas. El primero era el de la *inseguridad* causada por el desorden político: los clanes y las tribus se disputaban el poder y ninguna autoridad reconocida lograba establecer un mínimo de orden en el interior y de seguridad ante las tribus vecinas.

El profeta propuso a los representantes de las diversas comunidades que se entendieran para designar un jefe común. Elegido por la mayoría, él le dio a la «omma» ⁷ una especie de constitución para regular el funcionamiento de la sociedad, de la justicia, de la defensa. Los judíos y los cristianos tenían libertad de practicar sus creencias y se veían libres de las leyes y de las penas reservadas a los musulmanes. Fue aquel primer código práctico el que dio origen a la *sunna**.

El segundo problema, menos grave, pero más urgente, concernía a los *refugiados*. Constituían éstos los «mohajirun» (expatriados), ordinariamente desvalidos. Mahoma pidió a los ansars («sostenes») que los acogieran; cada una de las familias acomodadas formó con algunos refugiados un grupo de trabajo y de vida en común. Pero no por ello se había establecido la paz.

g) Primeras luchas

Ya en La Meca, Mahoma había chocado con los adoradores de ídolos. En Medina tropezó con el desprecio de la comunidad judía. Pero sobre todo luchó contra los mequíes, a propósito del derecho de paso de las caravanas por lo que él consideraba como territorio musulmán.

Durante una de estas tensiones, se produjo, el año 2 de la Hégira, la batalla de Badr, entre unos 950 mequíes y 300 «creyentes». Derrotados, los mequíes dejaron en el campo unos 50 muertos. Alá había dado la victoria a sus fieles, que llamaron «el día decisivo» a esta fecha memorable.

Vinieron luego otros conflictos: la batalla del monte Ohod, la guerra del «foso», que eliminó a las tribus y afianzó el poder de Mahoma. Finalmente, en enero del 630 entró triunfante en La Meca, destruyó los ídolos, pero proclamó una amnistía que le valió el apoyo del pueblo convertido.

De este modo, habiendo extendido progresivamente su autoridad sobre la mayor parte de Arabia, se dirigió contra Siria y contra el imperio bizantino de Heraclio, acusado de haber dado muerte a los embajadores del islam...

h) Muerte de Mahoma

Finalmente, el año 632 volvió en peregrinación a la Ka'ba, según el rito prescrito por él mismo. Fue la «peregrinación de despedida». Porque unos meses más tarde, de vuelta a Medina, se vio atacado por una fiebre y murió en la ciudad que le había acogido diez años antes. Era el 13 rabi (8 de junio) del año 9. La mayor parte de estos acontecimientos y de estas prescripciones se encuentran en los textos que el profeta fue dictando durante todo este tiempo.

El Corán, libro de la nueva fe, es también el reflejo de una vida, de sus combates, y de una obra.

Al morir Mahoma, toda la península arábiga, hasta Irak y Palestina —3 millones de km.²— compartía esta fe, obedecía las leyes del profeta y miraba hacia La Meca para orar.

3. El credo musulmán

¿Cuál era entonces esta nueva fe?

De hecho, no era *tan nueva*. Pretendía restaurar la religión de un Dios único, revelada ya a los judíos y a los cristianos. Pero como éstos la habían olvidado o adulterado, Dios les había enviado a Mahoma como profeta encargado de recordar a los hombres la verdad y la ley. Pero este profeta se inscribe en la larga lista de los profetas de la revelación desde Adán: Noé, Abrahán, Moisés, Jesús.

El credo musulmán es muy *simple*. No se ve entorpecido por dogmas complicados. Está contenido todo él en la *shahada*^{*}, la profesión de fe inicial del Corán. Los doctores de la ley se han limitado a discernir sus principales elementos, atestiguados por la comunidad. Se resumen en *cinco artículos de fe*, que sería preferible llamar «actos de fe», ya que comprometen al fiel.

a) Un Dios único

Así, la afirmación primera de la unicidad de Dios está hecha inicialmente bajo forma de negación: «No hay más Dios que Alá, y Mahoma es su profeta» (Corán 7, 157). El musulmán creyente es el que niega el culto a todos los ídolos: a los que Mahoma derribó en La Meca y a todos los que renacen en cada generación. El islam es *protesta contra todo politeísmo*, incluso contra la Trinidad de los cristianos.

Ese «Dios uno», que «no tiene igual absolutamente en nada», es *Dios creador*. «Ni ha engendrado ni ha sido engendrado». Pero «su nombre está en el fundamento de la creación, es el signo que edifica lo existente». «A Alá le corresponde el acto de nombrar y de borrar». Observemos en toda creación la importancia capital de la palabra de Dios. Ella sola es creadora. Y el nombre es lo que da la vida.

Por tanto, ese Dios creador es *omnipotente*. Obra según su voluntad. «A él no se le pide razón de lo que hace». Es eterno y sobre todo *trascendente*. Alá es el totalmente otro, absolutamente distinto. «No hay nada semejante a él». Inaccesible, está más allá de toda descripción. En este aspecto no tiene sentido ninguna teología musulmana y sería incluso tan impía como la representación de Dios por imágenes.

Sin embargo, aunque distinto de los hombres, ese Dios es *misericordioso* con ellos. La misericordia es uno de los atributos por el que se le invoca más frecuentemente⁸. Pero no el único. Se han señalado 99 nombres para dirigirse a Dios: «el poderoso, el sabio, el viviente, el santísimo, el altísimo...»⁹.

Finalmente, hay que repetirlo, ese Dios no ha sido «inventado» por Mahoma. Es el Dios de Abrahán, de Moisés y de Jesús, es decir, el Dios de los judíos y de los cristianos. Así, pues, a la fe en Alá, el Dios único, corresponde la creencia en los profetas.

b) anunciado por los profetas

Todos los profetas vienen de Dios. Por tanto, es una obligación creer en todo lo que ellos dijeron en su nombre. Algunos son sus *mensajeros*, encargados de transmitir a los hombres la voluntad de Alá. Así fueron Abrahán, Moisés, Jesús y Mahoma. Otros, a veces los mismos, fueron sus *monitores*: Alá los envió para avisar a la humanidad de los castigos que habría de padecer por haber desobedecido su ley. Noé, Lot, Abrahán y Moisés pertenecen a esta familia. Hay otros tres puramente árabes: Idris, Salih y Had. Mahoma pone también entre los profetas a David, Elías, Eliseo...

El mismo, cuya venida habría anunciado Jesús (Corán 61, 6), es el más importante y el último de todos. Acaba la revelación, es su sello, el que pone el punto final, el que la cierra. Por tanto, ya no habrá profetas después de Mahoma. Todos los que pretendan serlo, serán unos impostores.

c) manifestado por los ángeles

Por debajo de los profetas hay otros servidores de Alá: los ángeles. La palabra, de origen iranio, como lo que representa, significa «mensajero». Ocupan un gran espacio en el Corán, que hace de ellos seres alados, asexuados, creados a partir de la luz. El término que los designa, «ruh», equivale a *espíritus*, «soplos» de Dios. Se les han confiado varias misiones, que permiten clasificarlos.

En la cima de la jerarquía hay cuatro arcángeles: Gibril (o Jibril, Djibrail), Mikhail, Israfil e Izrail. Gibril, o sea Gabriel, es el Espíritu Santo («ar-ruh al qudus»), portador de las órdenes divinas. Es él, el fiel, quien vino a anunciar a Myriam (María) que daría a luz a un gran profeta; también él es el que le confirmó a Mahoma la verdad de las revelaciones antiguas. Mikhail (Miguel), encargado de los bienes de este mundo, vela por la creación. Israfil es el arcángel del juicio, que toca «los tres trompetazos» de la resurrección. Finalmente, Izrail es el arcángel de la muerte. Hay dos ángeles dedicados más concretamente a cada hombre para que le ayuden y cuenten sus buenas y sus malas acciones; son «los ángeles de la guardia» que, en el día del juicio, servirán de testigos y de abogados, frente a Munkar y Nakir, los «interrogadores del sepulcro».

Además, hay *ángeles malos*, destinados a tentar a los hombres. Su jefe Ach-chaitan (Satán) o Iblis es un ángel rebelde. Habiéndose negado a postrarse ante el primer hombre, fue echado del paraíso. Se vengó provocando la desobediencia de Adán y de Eva, desterrados igualmente¹⁰.

Este «ángel caído» dirige toda la tropa de los *demonios*, los «jinn» (o djinns), creados de «fuego claro» y no de luz. Invisibles, astutos y malévolos, capaces de procrear y de unirse a los humanos, los tientan y los atormentan. —Se preservan de ellos por medio de talismanes.

d) «soberano del día del juicio»

Este atributo esencial de Alá constituye el cuarto artículo de la fe islámica. Excepto los profetas y los mártires, ya en el paraíso, todo hombre será juzgado personalmente. Al final de los tiempos, en la hora «que rompe con estrépito», tras los tres trompetazos de Israfil, todos los hombres comparecerán ante Alá. Le presentarán el libro donde están escritas sus buenas y sus malas acciones. De hecho, cada uno se verá a sí mismo en su verdad¹¹. Entonces, atravesando un puente «delgado como un cabello» (la puerta estrecha), o bien caerá en el infierno, o llegará al paraíso. Así Dios hará «salir al Viviente de la muerte» y a «la muerte del Viviente» (Corán 3, 27).

Mahoma intervendrá personalmente en favor de los creyentes, ya que «lo que Dios no perdonará es que se le asocien otras divinidades». Los excluidos caerán en un *infierno* de siete pisos, un «fuego» que exhala un «hedor tórrido», un «agua hirviendo»¹². Pero los justos, los «compañeros de la derecha» (como dice también el evangelio) irán a descansar a la sombra de los frescos jardines del *paraíso*. Ciertamente, el paraíso del islam es un lugar donde el fiel «contempla el rostro de Dios», pero el Corán lo describe como un lugar de delicias, a imagen de los deseos escuchados del hombre del desierto: arroyos de agua fresca, bebidas y manjares abundantes y exquisitos, mujeres de ojos de gacela, efebos diligentes... Sólo los místicos ven allí un verdadero encuentro con Dios. Pero cabe preguntarse por el realismo del «firdawa», ese jardín de las delicias; ¿no se tratará sólo de un simbolismo, dado que el hombre no puede imaginarse la «visión de Dios» más que por comparaciones?

e) señor del decreto

Dios es también el autor soberano del *qadar*, esa decisión que desde toda la eternidad fija el destino del hombre. También esto es artículo de fe. Pero resulta difícil conciliar esta *predestinación* con la libertad del hombre, sin la cual Dios no puede considerarlo como responsable de sus malas acciones.

Este dilema de la omnipotencia divina y del libre albedrío del hombre no es, sin embargo, exclusivo del islam. Si el hombre es libre para obrar mal, es que el poder de Dios es limitado. Si no es libre, ¿cómo puede castigarlo Dios sin ser injusto? Pues bien, Dios es necesariamente a la vez omnipotente y absolutamente justo.

Al islam le cuesta tanto más resolver esta contradicción cuanto que afirma con mayor vigor la omnipotencia divina. «Dios perdonará lo que quiera a quienes quiera». «A Dios no se le pedirá cuenta de sus acciones; él es el que les pedirá cuenta de las suyas» (Corán 4, 52 y 21, 23).

¿Cómo afirmar al mismo tiempo que «Dios no será injusto con nadie»? Los comentaristas han discutido mucho tiempo sobre esta aparente falta de compatibilidad: unos se inclinan por el libre albedrío del hombre y otros por el fatalismo¹³. Los más hábiles pensaron que Dios sólo podía querer el bien del hombre. Y los ortodoxos acabaron diciendo: «La verdad viene de Dios; el que quiera creer, que crea; el que quiera ser infiel, que lo sea» (Corán 18, 28). De este modo, el creyente se refugia en su fe. Esta no resuelve las contradicciones, pero las acepta. Y es esta aceptación lo que constituye la fe.

4. El Corán

EL CORAN

«Se copia el Corán en un libro, se le pronuncia con la lengua, se le recuerda en el corazón, pero sigue estando en el centro de Dios, sin verse alterado en su paso a las hojas escritas o al espíritu de los hombres» (Al Ghazali [1058-1111]).

Esta fe encierra una especie de sexto artículo: la afirmación del *carácter revelado de los libros santos*. Además del Corán, el islam reconoce que la revelación se expresó en tres libros anteriores a él: el *Zabur* de David, la *Torá* confiada a Moisés y el *Injil* (evangelio) de Jesús. Pero aquéllas fueron sólo revelaciones parciales; y el Corán es ciertamente el libro por excelencia, fuente del islam.

• ¿Qué sentido tiene esta palabra?

Corán, o más exactamente «Kor'an», se deriva de una raíz semítica «kr», que se encuentra en el cananeo, el hebreo, el arameo (de Jesús) y el siríaco. Significa: leer, recitar. Corán (o también Al Qur'an, Alcorán) quiere decir «lectura» o, mejor aún, «recitación».

En efecto, era así como Mahoma decía o «recitaba» a su pueblo lo que le comunicaba el arcángel. Por otra parte, lo explica él mismo: «Lo hacemos así para robustecer tu corazón: lo recitamos con estribillo» (Corán 25, 34). Y así es también como lo salmodian los creyentes.

a) ¿Qué es el Corán?

Antes de ser un libro, el Corán es una palabra. La palabra misma de Alá. Mejor dicho, según ciertos versículos y los exégetas ortodoxos, esta palabra existe antes de toda revelación. Está junto a Dios. Es la «Umm al kitab»: la madre del libro. Este arquetipo celestial es el Corán eterno, la escritura en árabe. Y el árabe es entonces como la lengua misma de Dios, la de Adán y Eva en el paraíso. De ahí que, incluso en los países en que no se habla el árabe, es en árabe como el Corán se lee o, mejor dicho, se aprende y se recita.

Esta creencia distingue muy profundamente a las relaciones del musulmán con el Corán y a las del cristiano con la Biblia. Esta ha sido solamente inspirada por Dios; pero tiene unos autores marcados por su cultura, su época, su historia y hasta su personalidad. La Biblia muestra cómo actúa Dios en el corazón y en la historia de los hombres.

No ocurre esto con el Corán, que está dictado por Alá. Es su palabra. Es literalmente *el verbo de Dios*, bajado de él. «Es la revelación que Dios hace bajar sobre Mahoma» (Corán 20, 2). O, como explica L. Massignon, el «Dictado sobrenatural registrado por el profeta amaestrado». Si hubiera que hacer una comparación con el cristianismo, se podría decir que el Corán se parece más a la eucaristía que a la Biblia. Por tanto, es intangible, «intocable».

b) ¿Cómo fue revelado?

Tiene sin embargo una historia, que Mahoma nos ha narrado. Nos dice que «ocurre de varias maneras: unas veces, Gabriel toma forma humana y me habla como un hombre; a veces es como un ser especial, dotado de alas. Y yo conservo todo lo que me dice. Otras veces, oigo como un sonar de campanas en mis oídos y, cuando se va este estado de éxtasis, lo recuerdo perfectamente todo, como si estuviera grabado en mi memoria».

Durante la vida de Mahoma, esas palabras de Dios se conservaron de memoria. Sólo algunos compañeros del profeta escribieron ciertos pasajes en fragmentos de cerámica, en pieles o en homoplatos¹⁴. Fueron luego recogidos en hojas por el joven Zaíd b'Thabit, y entregados a Hafsa, la viuda de Mahoma.

Tan sólo bajo el califato de Otmán se reunieron y clasificaron, de nuevo por obra de Zaíd, las diversas versiones del texto. Esta primera «Vulgata» se conservó en Medina, mientras que se enviaron varias copias a Damasco, al-Kufa, Basora, Homs... El ejemplar más antiguo que se conserva data del 776.

Luego hubo que precisar la lengua del texto y fijar las lecturas oficiales, reducidas a siete. Algunos «transmisores» designados se encargaron de zanjar entre las prescripciones contradictorias.

Finalmente, a pesar de la gran repugnancia de los musulmanes, se tradujo el Corán. En Europa, la primera paráfrasis en latín fue la de Roberto de Ketton en 1143. Hoy hay varias traducciones en las principales lenguas del mundo, incluso el wolof y el swahili. Sin embargo, sólo es fidedigna la versión árabe.

c) Su contenido

El Corán oficial se presenta dividido en 114 capítulos o *suras** (azoras). Zaíd las clasificó según su dimensión, de la más larga (288 versículos o *aleyas*) a la más corta (3 versículos). La primera, la «fatiha» («la que abre»), es la oración fundamental del islam. Las dos últimas reproducen antiguas fórmulas de conjuro. Para comodidad de su recitación, se dividió cada capítulo en versículos iguales.

Más que la literalidad de las traducciones, este método de composición multiplica las repeticiones, mezcla la cronología, borra el encadenamiento de las ideas. La lectura del Corán es difícil.

Lo contiene todo, pero en medio de una gran dispersión: Dios, los profetas, la moral, los principios religiosos, una legislación social, los fines últimos...

Toda una parte del Corán está dedicada a trazar la historia de los pueblos de la antigüedad en relación con los *profetas*. Narra la historia de Adán, de Noé, de Moisés, de José, y sobre todo de María, de José y de Jesús... Hay frecuentes reminiscencias de la Misná, del Talmud y de los evangelios apócrifos, especialmente de Mateo y de Tomás. Sin embargo, según el propio Corán, Mahoma ignoraba las Escrituras judías y cristianas, aunque pudo conocer ciertos pasajes en su encuentro con esclavos cristianos. Pero el Corán ignora los dogmas cristianos: el pecado original, la Trinidad, la encarnación, la redención.

Sin narrar la vida de Mahoma, hay muchos versículos que aluden a las luchas que tuvo que emprender contra los incrédulos. De ahí sin duda toda su vigorosa descripción del *fin del mundo y del juicio final*. Y simétricamente, el anuncio y la descripción de la felicidad eterna de los creyentes.

Una tercera parte forma una *especie de código* a la vez religioso, moral y legislativo. Pero, una vez más, toda esta enseñanza está dispersa por el conjunto del libro.

La moral coránica no se orienta hacia el ascetismo, sino hacia la moderación. Como la religión, se resume en una consonancia perfecta con la naturaleza y la voluntad de Alá. «Dios está con los pacientes» (Corán 2, 48). En contra de lo que piensan algunos occidentales mal informados, el Corán no es formalista. Ignorando el pecado, se limita a condenar «las torpezas tanto exteriores como ocultas (7, 33), ya que «las acciones no valen más que por sus intenciones». El mal esencial es la idolatría. El bien es «la bondad piadosa», el amor al prójimo.

Finalmente, la ley de Dios, deducida del Corán, dio origen a las prescripciones rituales, a la sunna y a la sari'a¹⁵.

5. Los cinco pilares del islam

Así es como se llaman («arkan») las grandes obligaciones rituales del creyente: la profesión de fe, la oración, el ayuno, la limosna y la peregrinación a La Meca.

a) La profesión de fe

La *sahada* es el rezo diario del credo musulmán. Proclama en árabe la fórmula que resume la alianza entre Dios y sus fieles: «No hay más Dios que Alá, y Mahoma es el profeta de Alá».

b) La oración

La *salat** es la oración ritual. Según la tradición, tiene que hacerse cinco veces al día: entre la aurora y el salir del sol, al mediodía, hacia las 4 de la tarde, al ponerse el sol y, finalmente, una vez en la noche. Puede hacerse en cualquier parte, solo o en grupo y sin sacerdote. El viernes, al mediodía y en la mezquita, tiene una especial solemnidad. Las oraciones se eligen libremente, aunque hay algunas más privilegiadas.

Van rodeadas de gestos significativos. El primero es una actitud de ruptura con las ocupaciones y preocupaciones habituales, para dirigirse a Dios;

ORACIONES

La «Fatíha» (la que abre)

¡En el nombre de Dios, el compasivo,
el misericordioso!

Alabado sea Dios, señor del universo,
el compasivo, el misericordioso,
dueño del día del juicio.

A ti solo servimos

y a ti solo imploramos ayuda.

Dirígenos por la vía recta,

la vía de los que tú has agraciado,
no de los que han incurrido en la ira,
ni de los extraviados.

Petición de perdón

Dios mío, busco refugio en ti,

en la prueba de la vida y de la muerte.

Dios mío, te pido que me confirmes en la obediencia
a tu voluntad y me guardes por el camino recto.

Te pido que me hagas agradecido a tus beneficios
y que logre que mi culto te sea agradable.

Te pido un corazón recto, una lengua sincera.

Te pido que me concedas el bien

y me preserves del mal,

que tú conoces.

Te pido perdón por las faltas que tú conoces.

Dios mío, perdóname el mal que he cometido,

el bien que he omitido, lo que he disimulado

y lo que he hecho abiertamente.

Tú lo sabes mejor que yo.

Tú que estás cercano y que te alejas.

Tú, fuera del cual no hay Dios.

concretamente, el fiel mira hacia La Meca; luego hace algunas abluciones, con agua o con arena. Finalmente, procede a una serie de inclinaciones y postraciones, asociando el cuerpo a la oración. Ruptura con el mundo, purificación, apertura y disponibilidad significadas por unas actitudes, constituyen la constante religiosa de toda oración, relación con lo divino.

c) El ayuno

El *sawm* es un ayuno mensual que, en su origen, se tenía el 10 del mes de moharram (como, entre los judíos, el 10 del mes de tisri). Después de Mahoma, se convirtió en un mes de ayuno, el mes de ramadán¹⁶. Este ayuno recuerda el mes de la luna nueva durante el cual Mahoma recibió la revelación divina (2, 179-183). El creyente tiene que abstenerse entonces de comer, de beber y de tener relaciones sexuales desde el amanecer hasta la puesta del sol. Más duro que la cuaresma cristiana de antaño, da lugar sin embargo a numerosas dispensas para los enfermos, los viajeros, las mujeres embarazadas¹⁷.

El *ramadán* obtiene la absolución de todos los pecados cometidos antes de comenzar el ayuno. A pesar de las perturbaciones económicas que supone actualmente en una sociedad moderna, es una de las prescripciones mejor observadas, ya que, por ser colectivo, afirma visiblemente la identidad religiosa y cultural del islam.

d) La limosna

La *zakat** o limosna es la cuarta prescripción ritual obligatoria. De hecho, la palabra significa «purificación». Es que la limosna purifica de alguna manera los dones recibidos de Alá, reconociendo que todo se le debe y restituyéndole una parte de lo que él concede a los hombres. La *zakat* primitiva está constituida, por tanto, por una parte de la cosecha o del rebaño, animales, cereales, aceite. Representa en principio la décima parte de la renta, pero muchas veces sube hasta la 40.^a parte. Su producto se entrega a los pobres; la *zakat* tiene de este modo una función de justicia social, a la vez que una función religiosa.

Hoy, en los estados musulmanes tradicionales, se ha convertido en un impuesto en dinero sobre la renta. Pero no suprime la exigencia moral de una limosna voluntaria, la *sadaqa*.

e) La peregrinación a la Meca

El *hayy**, la peregrinación a La Meca, es el quinto pilar del islam. Prescrita por el Corán (3, 91), tiene un doble significado. Por una parte, representa un retorno a las fuentes de la fe; por otro, manifiesta la unidad y la universalidad del islam.

Todo musulmán está obligado a hacer esta peregrinación una vez en su vida si está «en posibilidad de hacerla». Todavía hoy son cada vez más numerosos los humildes fieles que sacrifican los ahorros de toda su existencia para cumplir este mandamiento. El *hayy* va acompañado de numerosos ritos, precedidos por la abstinencia y la purificación. Está en primer lugar el «*tawaf*», que consiste en dar siete veces la vuelta a la Ka'ba. —En esta construcción de piedra gris se conserva la piedra negra, vestigio de un santuario elevado por Abrahán, testigo de la primera alianza—. El fiel va a beber luego al pozo de Zemzem, que el ángel le indicó a Agar y a su hijo Ismael. Lo mismo que ella, ha tenido que realizar anteriormente los siete recorridos entre las alturas de Safa y de Marwa: es el «*sa'y*»¹⁸. Los días siguientes hay que pasarlos en Mina, donde hay que arrojar al menos 49 piedras contra las tres columnas de Satán: signo de la lucha contra el mal. Y el *hayy* termina con una larga oración, en pie, en la llanura tórrida de Arafá, y, finalmente, el día décimo, con la inmolación de un cordero, para recordar el rescate de Ismael¹⁹.

Este sacrificio coincide con la celebración en todo el mundo musulmán de al-'id al-kabir, la «gran fiesta», ya que el *hayy* tiene lugar en una fecha fija, el mes de Dhu'l-hijja, 12.º mes lunar.

A estos cinco deberes fundamentales se añaden las obligaciones llamadas «de suficiencia», ya que basta con que uno solo de los miembros de la comunidad los cumpla para que se observe la obligación. Es un deber «solidario». Tal es, por ejemplo, la *yihad*, la famosa «guerra santa», dirigida contra los vecinos infieles que, habiendo sido invitados a convertirse, se niegan a ello.

Las «gentes del libro», judíos y cristianos, tienen un estatuto aparte, como ciudadanos «protegidos». Gozan de libertad de culto, pero han de pagar impuestos especiales sobre sus bienes y sus rentas, y someterse a ciertas obligaciones y prohibiciones.

• El culto a los santos

Finalmente, aunque no es de origen canónico, hay que decir unas palabras sobre el culto a los santos en el islam.

Los primeros que veneró el pueblo fueron los miembros de la familia del profeta y sus compañeros. Luego fueron considerados como «*wali*» los mártires que murieron en las conquistas o los *imanes** famosos por su piedad. Pero fue sobre todo en el Magreb, a partir del siglo XII y en el XV, donde floreció el culto a los santos conocido con el nombre de *marabutismo**.

Este culto a un santo (*seyid*), vagamente derivado de la mística sufí, colma para el pueblo el vacío entre un dios demasiado lejano y sus adoradores. El santo desempeña un papel de intercesor. Acerca lo sagrado a los hombres y responde así a una necesidad universal del sentimiento religioso²⁰. Pero,

aunque muy difundido, este culto es denunciado con vehemencia por los ulemas ortodoxos.

6. Una moral: la sunna

Toda la ley del islam está en el Corán. Y el Corán abraza toda la vida del hombre. Relaciones con Dios, culto, pero también higiene, urbanidad, educación, moral individual, vida social y política: no hay nada que se escape de la religión. Todo es rito, porque la omnipotencia de Dios y de su ley, el Corán, se extiende a todos los terrenos de su creación. Para un musulmán, no hay distinción entre lo profano y lo sagrado. Toda su vida está regida por el Corán.

a) Palabras y conducta del profeta

Sin embargo, a medida que se iba extendiendo y evolucionando la comunidad, sintió ésta la necesidad de referirse, no sólo al Corán, sino a las palabras y a la conducta del profeta. Sus palabras, recogidas por sus compañeros, son los «*hadits*»*; su conducta es la «*sunna*». De este modo, la forma de obrar de Mahoma pasó a ser la de todos los musulmanes. Esta conducta modelo constituye la sunna.

Mientras vivía aún Mahoma, sus compañeros Abdullah Ibn Amr y Anas Ibn Malik pusieron por escrito algunas de las palabras y de los hechos del profeta; otros transmitieron oralmente lo que habían oído y visto. Y la comunidad, cuando tenía algún problema moral o jurídico, intentaba resolverlo preguntando cómo había actuado Mahoma en una circunstancia semejante. Pero pronto hubo que distinguir entre los *hadits* auténticos debidamente garantizados y los demás, más o menos añadidos e inventados. Este trabajo de recopilación y de crítica se realizó a lo largo del siglo IX.

b) Las seis colecciones

De ahí salieron *seis colecciones oficiales*: los «*Cahih*» (auténticos) de Al-Bukhari y de Muslim y las *Sunán* (conductas) de Ibn Maja, Abu-Dawud, al-Tirmidhi y an-Nasai. Se presentan en dos partes. La primera, la «*Isnad*», traza la serie de autoridades encadenadas que, desde la fuente, garantizan el texto. La segunda, el «*Matn*», es el texto autenticado.

¿Qué contienen estos volúmenes? El recuerdo de algunos grandes principios éticos, de prescripciones y prohibiciones mitad religiosas y mitad morales; un conjunto de reglas de vida social.

La *ética* se presenta menos bajo la forma de mandamientos que de invitaciones a la piedad, a la justicia y al temor del Señor (2, 172). Las grandes virtudes son la beneficencia, la justicia con los pobres y los huérfanos, la buena fe y la veracidad, la paciencia y el perdón de las ofensas... Al revés, se condena la sed de bienes de este mundo, el orgullo, la calumnia, la hipocresía, la ambición y el exceso de toda clase: la usura, el juego, el alcoholismo...

La ley distingue cinco clases de actos: los obligatorios, que se refieren generalmente al culto; los recomendados, por ejemplo algunas oraciones; los actos indiferentes; los criticables, no admitidos por el Corán; finalmente, los prohibidos, como la ruptura del ayuno.

Las *prescripciones* y prohibiciones se aplican a veces, como en algunas otras religiones, al alimento y al vestido. El Corán exige que el creyente se abstenga «de vino, de juegos de azar y de las piedras alzadas, abominaciones inventadas por Satanás». «Los animales muertos, la sangre, la carne de cerdo, todo lo que ha sido matado bajo la invocación de otro nombre distinto del de Dios, los animales ahogados, descalabrados, matados por alguna caída o por una cornada, los que han sido mordidos por una bestia feroz, a no ser que los hayáis purificado con alguna sangría..., todo esto os está prohibido». Se proscriben igualmente las imágenes y toda representación de Dios y de su profeta. Para las mujeres, el uso del velo («burga»*, tchador) es más una costumbre que una obligación coránica. Más específicamente árabe, se inspira en las recomendaciones de pudor dadas por Mahoma, que recomienda «a las mujeres que creen, que bajen los ojos» y a quienes «les quieran pedir algo», que lo hagan «a través de un velo».

Lo mismo ocurre con la circuncisión. Aunque practicada en todo el mundo musulmán, no está dictada por el Corán; es una costumbre que continúa desde la Arabia pre-islámica.

Las *grandes fiestas*, que recuerdan los momentos esenciales de las manifestaciones de Dios a los hombres, o bien episodios de la vida del profeta, son una ocasión para dar testimonio de la «umma» (unidad). Como la peregrinación a La Meca o el ramadán, muestran la unión de los creyentes entre sí y su unidad con Dios.

7. Una legislación: la sari'a

Aunque no se resume en este formalismo, el islam es una manera de vivir en sociedad. Por consiguiente, que está regulada por ciertos principios sacados del Corán y de la sunna, que se esfuerzan en encarnar la fidelidad al islam en una *organización social armoniosa*. La fe y la legislación son inseparables. Porque «los que no aplican la jurisdicción revelada por Dios son negadores, rebeldes, desviados». Esta jurisdicción revelada es la ley islámica, la sari'a, nombre que significa «el camino».

No veremos más que algunos aspectos de la misma: los que atañen al poder, a la propiedad, a la justicia y a la familia.

a) El poder

«El poder no pertenece más que a Dios», dice el Corán (6, 57). De este artículo esencial de la fe se derivan dos consecuencias, aparentemente y a veces concretamente contradictorias: el poder islámico es *teocrático* y sin embargo *igualitario*. Teocrático, porque quienes lo ejercen no son más que delegados de Dios. Tienen que inspirarse en el modelo que fue el profeta. Como él, son a la vez jefes espirituales y temporales. Son los *califas**, escogidos primeramente de la familia de Mahoma, y luego elegidos o hereditarios. El califa, como «jefe de los creyentes», dirige la oración y asegura la «baraka»* el ejército. Es también el que «manda el bien y prohíbe el mal», velando por el respeto a la sunna. Como jefe político, desarrolla las funciones de un jefe de estado, con la asistencia de un visir, de ministros y gobernadores²¹.

Pero el poder es también igualitario. En efecto, el Corán recomienda a su profeta: «Consúltalos en la decisión»; «que sus asuntos sean entre ellos objeto de deliberación». La consulta y la deliberación deberían entonces constituir los fundamentos del poder político. Y Mahoma, al no designar un sucesor, dejaba tácitamente que los musulmanes eligieran a uno de ellos sin imposiciones externas. Las monarquías hereditarias, y sobre todo las dictaduras de un jefe militar o religioso, que se han instituido en algunos países, parecen entonces poco conformes con los deseos del profeta. Sean cuales fueren sus formas prácticas, un régimen consultivo estaría sin duda más cerca de la ley islámica.

b) La propiedad

También *el régimen de la propiedad es de esencia religiosa*. Sólo Dios, creador de todo, tiene la propiedad de todos los bienes. Nosotros no somos más que sus usuarios. De esta creencia se deducen dos consecuencias: por un lado, cierta colectivización de la propiedad; por otro, su limitación. La propiedad colectiva está constituida por lo que se llaman los «waqf» o «habús» (bienes de manos muertas): se trata de bienes entregados a Dios, administrados por algunos juristas, cuyas rentas se dedican a la beneficencia²². La limitación de la propiedad se realiza al mismo tiempo por la zakat (limosna), la prohibición del préstamo a interés, las reglas comerciales y la ayuda mutua de las corporaciones²³.

c) La justicia

También *es en Dios donde reside todo principio de justicia*. Sólo Dios es realmente justo, porque es inaccesible a la pasión. Pero ha dado a los creyentes una regla para que eviten la parcialidad: la *penalidad*: «Tenéis en la penalidad una garantía de seguridad, ¡oh gente dotada de cerebro!». Se trata de hecho de la ley bíblica del talión. Pero conviene comprender atentamente que esta ley constituye un inmenso progreso sobre la violencia del más fuerte o los excesos de la venganza. Efectivamente, establece penas minuciosamente codificadas y proporcionadas a las faltas. Cuando se evoca la barbarie que supone cortarle la mano al ladrón, se olvida que es preciso cumplir 26 condiciones para que la sentencia sea justa²⁴.

El encargado de hacer justicia es el cadí, nombrado por el califa y elegido entre los creyentes mejor considerados por su competencia jurídica y también por sus cualidades morales.

d) La familia

La ley del islam regula finalmente la vida familiar. Desde el nacimiento, fija las reglas tradicionales: sacrificio del cabello, imposición del nombre, educación en casa y en la escuela coránica (para los niños)... Prescribe igualmente los ritos funerarios: rezo de la sahada ²⁵, limpieza del cadáver, cortejo, sepultura sobre el lado derecho, con la cabeza en dirección a La Meca... Dispone igualmente cómo ha de ser la herencia, con una distribución minuciosa de las partes de la sucesión del difunto.

Pero conviene que nos detengamos en la *condición impuesta a la mujer*, objeto de numerosos prejuicios. Es verdad que, en varios puntos, es «inferior» a la del hombre. Por ejemplo, su testimonio en el juicio vale sólo la mitad que el del hombre. La niña carece de instrucción y se reserva para las tareas de la casa con vistas al matrimonio. Jurídicamente incapaz, es sustituida entonces por un tutor matrimonial, obligada eventualmente a soportar la poligamia... Sin embargo, conviene corregir esta primera constatación con tres observaciones. Primero, el islam ha mejorado la situación de la mujer en relación con el pasado ante-islámico ²⁶. De hecho, Mahoma autorizó solamente y limitó la poligamia ya existente, aconsejando: «Si tenéis miedo de ser injustos, no os caséis más que con una sola...». Si el marido puede repudiar a su mujer, ésta también puede hacerlo pidiéndoselo al cadí. En segundo lugar, el profeta mismo dio ejemplo de un profundo respeto a las mujeres. Hecho raro en la época, una de sus esposas, Hafsa, sabía leer y escribir. Entre sus compañeros se contaban veinte mujeres juristas. El Corán declara: «Las mujeres tienen tantos derechos como deberes con sus maridos» (2, 28). Y en uno de sus últimos sermones antes de morir, el profeta daba este consejo: «¡Oh pueblo! En verdad vuestras mujeres tienen derechos sobre vosotros. Aseguradles el mejor trato...». Finalmente, muchos aspectos de la inferioridad de la condición femenina no son propios del islam. No es él el que inventó el gineceo, el harem* o el velo que se le atribuye. Tampoco en el judaísmo la mujer tiene derecho a leer y estudiar la Torá. Sin hablar de los teólogos católicos que negaban un alma a la mujer, baste recordar los textos de san Pablo sobre «la sumisión de las mujeres a sus maridos» y la necesidad de que se cubran en el lugar santo, para reconocer que el islam no tiene el monopolio del desdén por las mujeres. El espíritu de la ley musulmana, si se vuelve a él por encima de las costumbres fijadas, es más bien liberal.

ALGUNAS SURAS SOBRE LAS MUJERES

Ordena a las mujeres creyentes que bajen sus ojos y observen la continencia, sin dejar ver de sus adornos más que lo que es exterior, cubriendo sus senos con un velo.

Si queréis pedir alguna cosa a las mujeres del profeta, pedídsela a través de un velo.

Sobre el adulterio

Castigaréis al hombre y a la mujer adúlteros con cien latigazos a cada uno.

Los que presentan una acusación contra mujeres honestas sin poder proponer cuatro testigos, serán castigados con ochenta latigazos.

Si, como dice el Corán, «Alá dio nobleza a los hijos de Adán», dio a los intérpretes de la ley sabiduría y equidad para encontrar en cada caso una solución «elegante» (*ihsan*).

Aunque destinada a moralizar el poder y a establecer una organización social armoniosa, un Estado fiel a los principios del islam, la sari'a no ha logrado evitar sus divisiones. Y en primer lugar, a propósito de la sucesión del profeta.

8. Divisiones y unidad del islam

a) Divisiones religiosas

Sobre la sucesión del profeta, después de su muerte, los musulmanes se separaron: unos admitían la tradición, la sunna, mientras que otros eran partidarios de Alí, primo y yerno del profeta. Los primeros son los sunnitas (o sunnies), los otros los chiitas (o chiies), que tanto han dado que hablar desde que accedieron al poder en Irán en 1979.

- *El sunnismo es ampliamente mayoritario*

Son sunnitas casi el 90% de los musulmanes, especialmente en Indonesia, en Pakistán, pero también en China, en Egipto, en Marruecos. El sunnismo es en cierto modo la ortodoxia del islam. Sus adeptos se someten no sólo al Corán, sino a la tradición basada en los gestos y las palabras de Mahoma y a las costumbres de la comunidad musulmana. Para ellos, esta «sunna» permite interpretar y adaptar el Corán a las situaciones de todas las épocas.

Reconocen la legitimidad de los cuatro primeros califas, Abú Bakr, Omar, Otmán y Alí, escogidos por la «sura», la asamblea. El califa, a la vez jefe espiritual y temporal encargado de hacer respetar el derecho coránico, debe ser elegido.

Sometido a las reglas jurídicas del islam, el sufismo no siempre ha sido apreciado sin embargo por la ortodoxia musulmana. Dio origen a numerosas cofradías, que a veces degeneraron en grupos esotéricos. Pero estas desviaciones no le ha impedido ser un fermento en el islam.

d) *El marabutismo y el culto a los santos, un islam popular*

Particularmente extendido por Africa del Norte, árabe tanto como berebere, mezcla ciertos restos del culto antiguo con la piedad musulmana³³. El marabut* («al-marabit», morabito, almorávide)³⁴ es un campeón de la fe, una especie de santo, a veces ermitaño, hombre de oración, buen conocedor del Corán, famoso por su profunda piedad. Su prestigio hace que le consulten los doctores de la ley y que lo tomen por árbitro y juez. Su influencia se extiende a toda una tribu e incluso a toda una región. A su muerte, se le levanta una tumba, llamada igualmente marabut, adonde acuden en peregrinación.

El poder del marabut, su «baraka», sigue unida a ese lugar, y se espera que pueda producir milagros. Por eso, los musulmanes estrictos, como los reformistas, han luchado contra el marabutismo.

e) *El reformismo*

Como en la mayor parte de las grandes religiones, dos grandes tendencias han desgarrado el islam. Se enfrentan una contra otra. Mientras que la primera, modernista, intenta adaptar la religión antigua a las mentalidades, los descubrimientos y las costumbres de la época, la segunda rechaza todo lo que es nuevo, para refugiarse en el pasado. Acomodarse a los tiempos o permanecer estrechamente fiel a los orígenes: esa es la cuestión.

Esta última corriente es la que se llama «reformista», a veces «fundamentalista», y que es simplemente *retorno a las fuentes* («salafiya») ³⁵.

- *El wahabismo fue la primera, en el siglo XVIII*

En efecto, fue obra de Mohammed ibn Abd al-Wahhab (1703-1791). En la línea del rito hanbalita, emprendió una lucha contra todas las innovaciones introducidas tanto por los marabuts como por los chiitas o sufíes: el culto de los santos y otras supersticiones, búsqueda del éxtasis, cofradías... Predicaba el retorno a una fe depurada y la aplicación estricta de la sari'a.

Su encuentro con el emir* Ibn Sa'ud permitió la aplicación de su doctrina a la Arabia Saudita, que se convirtió en una especie de teocracia basada en el respeto a la ley coránica. Este wahabismo, que permite la emancipación nacional, llevó al nacimiento de la Arabia Saudita, donde sigue siendo la doctrina oficial.

Más o menos suavizado y adaptado a las mentalidades locales, el wahabismo se difundió por Pakistán, con Mohammed Iqbal (1873-1938), por la India, con Ahmad Khan Bahadur (1817-1898), por Indonesia y hasta por Africa.

- *Los hermanos musulmanes constituyen la rama activista del wahabismo*

Esta asociación político-religiosa nació en 1929 por iniciativa de un profesor egipcio, Hassán al-Banna. Inspirado por la salafiya, H. al-Banna quería fundar una sociedad islámica que tuviera como ley el Corán. Religiosamente, rechazaba todas las herejías introducidas en el islam, lo cual se traducía, en el terreno moral, en la abolición de la prostitución, la prohibición de la usura y de las escuelas mixtas, la organización de la zakat, la supresión de la propiedad privada.

Pero, políticamente, los hermanos musulmanes querían sobre todo destruir en los países islámicos toda influencia occidental, fuente de ateísmo y de corrupción. La nueva sociedad que predicaban estaría basada en el Corán, la verdadera constitución. El jefe de Estado habría de ser elegido por la sura, consejo de la comunidad, que habría de controlarlo a continuación.

En 1948, el rey Faruk decretó la disolución de los hermanos musulmanes, y H. al-Banna fue ejecutado (12-2-1949) como réplica al asesinato del primer ministro. Se convirtió entonces y sigue siendo el «jeque-mártir». Los hermanos tomaron su revancha en 1952 participando, con los «oficiales libres», en el derrocamiento de Faruk³⁶. Luego se vieron muchas veces perseguidos y reducidos a la clandestinidad, disueltos por Nasser en 1954. Pero su influencia creció y se han manifestado violentamente con motines, como el de 1981³⁷, atentados, asesinatos... Se les ha imputado el del presidente Sadat.

Su ideal es un gobierno según el Corán, es decir, elegido por los representantes de la comunidad islámica, la sura, que debería promulgar leyes islámicas: prohibición de las escuelas mixtas, de la prostitución, de la usura, limitación de la propiedad, derecho penal inspirado en las penas coránicas (por ejemplo, latigazos por el adulterio, amputación de la mano por un robo...). Al final de los años 80, los hermanos musulmanes ejercen una influencia importante, no sólo en Egipto, sino en la mayor parte de los países musulmanes, incluso en Afganistán. Se reclutan especialmente entre los medios intelectuales y entre la juventud.

- *La salafiya es una corriente más amplia y más matizada*

Nacida a mitad del siglo XIX, bajo el impulso del iraní Jamal al-Din al-Afghani, une el deseo de depuración con el de adaptación. Si teológicamente predica la eliminación de toda superstición y el restablecimiento de la fe original, intenta igualmente tomar todo lo que hay de positivo en la ciencia occidental.

La salafiya se apoya en las distinciones tradicionales entre la fe ('aqida), el culto ('ibadat) y la moral (akhlaq), que deben seguir siendo intangibles, por un lado, y la vida social (mu'amalat), capaz de modificaciones, por otro. Así, pues, no se puede cambiar el credo, pero es posible reducir de cinco a dos las oraciones de cada día. No se puede faltar al respeto a la mujer, pero esto no obliga a llevar obligatoriamente el velo...

Mohammed 'Abduh (1848-1905) en Egipto, Rashid Ridha (+ 1935), Ben Badis, el jeque Ibrahimini y otros han difundido la salafiya por Egipto, el Magreb, la India... Han aportado a la vez el «espíritu del islam», con su profundización, y un cierto modernismo: crítica histórica, creación de universidades modernas³⁸.

Este movimiento de apertura (ijtihad) ¿es compatible con la obligación coránica de no cambiar en nada la enseñanza del profeta? Los más rigurosos, los «integristas», rechazan vigorosamente esta eventualidad. Los partidarios de la salafiya se esfuerzan por esta conciliación. Los más inquietos dicen que esto es a la vez posible e indispensable: son los «modernistas».

• El modernismo

El intento más importante en este sentido es el de Mustafá Kemal, llamado Atatürk. Intentaba simultáneamente modernizar su país, Turquía, y secularizarlo, es decir, separar la Iglesia del Estado.

La modernización afectó tanto a la vida política y social como a las costumbres. Fueron suprimidos el califato y el cargo de gran mufti* (1922), las escuelas coránicas, los conventos; se transformaron las corporaciones; el derecho europeo sustituyó al derecho coránico y el alfabeto latino ocupó el lugar del árabe, mientras que los hombres y las mujeres tenían que adoptar las formas occidentales de vestir (1926)... La secularización hizo de la religión un «asunto privado».

Sucesivamente fueron aceptando estas transformaciones las repúblicas musulmanas soviéticas y, bajo otra forma, el Irán del sha, Egipto, Siria, Argelia, Túnez.

Todo esto no se llevó a cabo sin reacciones. Los gobiernos tuvieron que volver a veces sobre sus decisiones. Incluso en Turquía volvió a introducirse la enseñanza religiosa en las escuelas. Y es sabido que el derrocamiento del gobierno del sha por los ayatollahs* iraníes ocasionó una renovación y un contagio de lo que suele llamarse «integrismo». El modernismo y el fundamentalismo se exacerban entre sí. Cada uno es una reacción provocada por el otro.

La reacción ha sido tanto más viva cuanto que algunos modernistas han llegado más lejos en su empeño de adaptación a occidente. Como otras religiones, el islam no podía menos de encontrarse con el socialismo, bajo sus diversas formas. Algunos creyeron poder descubrir en el Corán, con su sentido profundo de la solidaridad, su preocupación por los pobres, por la comunidad, por la igualdad, ciertas convergencias con el socialismo. Creyeron que el carácter inalterable de los textos sagrados no su-

ponía necesariamente la prohibición de su interpretación y el fixismo de la sociedad musulmana³⁹. Y se vio nacer, sobre todo por los años 60, numerosos partidos socialistas o comunistas en Indonesia, en Sudán, en el Magreb, y en otros países musulmanes... Condenados por los tradicionalistas, se vieron muchas veces aniquilados.

Sin embargo, contra este modernismo es contra el que, desde hace algunos años, casi por todas partes, se han sublevado los llamados «integristas».

f) El integrismo musulmán

Este término suele tener un sentido peyorativo. En efecto, alude a la corriente que, en la Iglesia católica, se opuso a veces de forma muy violenta a la tendencia llamada «modernista» del siglo XIX. Subrayaba la autoridad del magisterio romano con tal que repitiese «íntegra», de forma ortodoxa, la doctrina tradicional exaltada por Pío IX y Pío X⁴⁰.

También se habla de «fundamentalismo»; acabamos de ver los diversos aspectos que encierra esta palabra. Sin embargo, recuerda la historia de la reforma protestante; por eso los especialistas prefieren respetar la originalidad del fenómeno social musulmán hablando de *radicalismos islámicos*.

Radicalismo, porque es un empeño por volver a las raíces del islam. Y radicalismos en plural, ya que este movimiento no tiene nada de monolítico. La historia religiosa y la historia civil han dado efectivamente origen a *corrientes doctrinales muy diferentes*. Hay algo más que matices entre los «hermanos musulmanes» que acabamos de mencionar, el «jomeinismo» y el «gadhafismo».

Los tres no tienen en común más que su origen y su objetivo final. Su origen es el wahabismo, tal como fue impulsado y concebido desde el siglo IX por el gran jurista Ibn Hanbal y luego, en el siglo XIV, por Ibn Taymiyah.

Su objetivo es la vuelta al Corán y su encarnación en la sociedad. Se confunde con una reivindicación profunda de la identidad islámica.

• El jomeinismo

Constituye la personalización de un chiísmo popular y clerical que triunfó con el derrocamiento del sha de Irán en 1979. Religiosamente se caracteriza por la omnipotencia de un moralismo estrecho. Están rigurosamente prohibidos y perseguidos el alcohol, la prostitución, la homosexualidad y hasta el cine. En Teherán, reina el Orden Moral de los mollahs. Políticamente, es la tiranía de un gobierno islámico basado en la sari'a. Como la ley que hay que aplicar es la ley de Dios, los que la conocen son por consiguiente los mejor capacitados para decirla y dictarla. Los ayatollahs, dignos y competentes, representan de alguna manera al imán oculto, y hablan en su nombre. Les pertenece el verdadero poder. Hay efectivamente un gobierno de clérigos, en donde es muy difícil distinguir entre lo espiritual y lo temporal.

Este radicalismo puritano, clerical y totalitario tiende a difundirse por varios países musulmanes, sobre todo no-árabes: Pakistán, Afganistán...

- *El gadhafismo*

Ocupa un lugar en los radicalismos islámicos en la medida en que este gobierno se inspira en dos grandes principios coránicos, y desempeña una función importante en la estrategia mundial de los años 80, y más aún en la idea que se ha hecho de él.

Pero los dos grandes ejes de las ideas del coronel Gadhafi, la fidelidad a las leyes del Corán y la realización de la comunidad islámica, difieren de los de los chiitas. El presidente de Libia no es, por otra parte, muy ortodoxo para numerosos religiosos musulmanes, ni siquiera para los ulemas* libios. Sin embargo, para él el Corán es prioritario, texto divino, fuente auténtica del islam. Pero él está lejos de ser un incondicional de la sari'a. Al contrario, es muy «modernista» no sólo en la adaptación de su país a las innovaciones occidentales, sino en la creación de un tipo de sociedad y de gobierno original⁴¹.

No obstante, la gran idea islámica de Gadhafi es la unidad del islam, y más aún la del mundo árabe, por obra del Corán. Y ha intentado realizarla varias veces creando uniones efímeras con sus vecinos: la República Árabe Unida (con Siria y el Yemen en 1958), la Unión de Repúblicas Árabes (Egipto, Siria y Libia en 1972), la República Árabe Islámica (con Túnez en 1974), últimamente con Marruecos...

Coincide además con el radicalismo iraní por su oposición sistemática a occidente. ¿A qué se deben este radicalismo y esta oposición?

– *Sus causas son doctrinales e históricas*

El Corán contiene en sí mismo gérmenes de radicalismo –lo cual no quiere decir fanatismo–. ¿Acaso no es la expresión directa del creador? Ese creador, Dios único, exclusivo, ¿no exige el rechazo absoluto de la increencia y de los ídolos? Lo esencial, muchas veces repetido, de la fe islámica, ¿no es el «retorno final» de la humanidad hacia ese creador? De ahí a pensar que la misión de los musulmanes es reducir a todos los pueblos a la fe primitiva, a las maneras de vivir del profeta, no hay más que un paso: el paso que dan los «radicales».

La historia, tanto la pasada como la contemporánea, acentúa esta tendencia. Hay que volver al «islam puro», que se ha visto contaminado por el colonialismo y la occidentalización de las maneras de vivir. Hay que volver al islam, porque, tras el fracaso de las grandes ideologías liberales y socialistas, es el único que tiene soluciones para el futuro. Hay que volver al islam original, porque se ve amenazado a la vez por el laicismo, las desviaciones oscurantistas de las cofradías, Israel y occidente, las tentaciones de la modernidad... Este radicalismo, búsqueda de identidad y de arraigo, está quizás influido finalmente por un cierto milenarismo, la entrada en el siglo XV de la Hégira.

Es algo de todo esto lo que traducen la vuelta exigente a las prohibiciones y a las obligaciones rituales, la propaganda en las universidades, los comportamientos y las ideas xenófobas, y hasta los atentados y los actos de violencia. Amplificadas por los medios de comunicación social, estas actitudes se aprovechan de las dificultades políticas, económicas y sociales de los diversos gobiernos⁴².

g) *La aspiración a la unidad*

La idea de unidad es esencial en el islam.

Es doble, por así decirlo. Por una parte, Dios es único y UNO. Esta fe fundamental es la que separa a los cristianos y a los musulmanes. Para éstos, la encarnación de Dios es una blasfemia y la Trinidad una impostura sacrilega. Por otra parte, esta unicidad de Dios fundamenta la unidad de los creyentes. Lo mismo que Dios es uno, sus fieles tienen que formar una comunidad unida, a pesar de sus diferencias de ritos, de doctrinas, de nacionalidades y de políticas.

- *La umma*

Esta comunidad está inscrita en el Corán, que proclama: «Los creyentes son todos hermanos». Frente al libro sagrado, «todos los pueblos no forman más que una sola nación», ya que sus fieles están ligados por una igualdad y una fraternidad absolutas.

La umma se manifiesta por la adhesión a los ritos principales del islam: liturgia en árabe, rezo de las oraciones, ayuno del Ramadán, celebración de las grandes fiestas anuales. A ello se añade muchas veces el respeto de algunas costumbres importantes: calendario islámico, prohibición de alcohol y de carnes no rituales... Estos signos atestiguan una unidad ideal y profunda que supera todas las tensiones de los cismas políticos y religiosos. Vemos así con sorpresa cómo los enemigos políticos se abrazan públicamente. No se trata de hipocresía, sino de un reconocimiento de esta umma, por encima de todos los enfrentamientos y enemistades.

La umma tiende además a exteriorizarse por la obediencia a ciertas reglas jurídicas comunes relativas al estatuto de las personas⁴³, el sistema de impuestos y de intercambios... Se expresa en los acontecimientos graves que afectan a la comunidad musulmana mundial.

La Organización de la conferencia islámica (OCI) fue creada en mayo de 1971, como consecuencia de la cumbre islámica extraordinaria celebrada en Rabat en septiembre de 1969 para examinar las consecuencias del incendio criminal de la mezquita* de El Aqsa de Jerusalén. La segunda cumbre de jefes de Estado y soberanos islámicos se celebró en 1974, en Lahore (Pakistán), y la tercera en enero de 1981, en Taif (Arabia Saudita), donde se decidió que las conferencias en la cumbre se celebrasen en adelante cada tres años. La cuarta cumbre tuvo lugar en Casablanca (Marruecos), en enero de 1984.

La OCI cuenta con 44 miembros, más la OLP, que goza del mismo estatuto que los demás participantes. De esos Estados, 23 están situados en África, 20 en Asia y 1 en Europa (Turquía); 23 miembros de la OCI pertenecen a la Liga árabe.

Los miembros de la Organización son los siguientes: Afganistán (suspendido en enero de 1980), Arabia Saudita, Argel, Bahrein, Bangladesh, Benin, Brunei, Camerún, Comores, Chad, Djibuti, Egipto, Emiratos árabes unidos, Gabón, Gambia, Guinea, Guinea-Bissau, Burkina-Faso, Indonesia, Irak, Irán, Jordania, Kuwait, Líbano, Libia, Malasia, Maldivas, Mali, Mauritania, Marruecos, Níger, Omán, Pakistán, Qatar, Senegal, Sierra Leona, Siria, Somalia, Sudán, Túnez, Turquía, Uganda, República árabe del Yemen, República democrática del Yemen y OLP. Esta aspiración a la unidad se concretó en la *Conferencia islámica*. Fue precisamente el incendio de la mezquita de Al Aqsa lo que, en diciembre de 1969, provocó la primera cumbre de jefes de Estado musulmanes en Rabat. Se reunieron entonces 44 Estados, la cuarta parte de las naciones representadas en la ONU. Se propuso mejorar la cooperación y la ayuda mutua entre los países islámicos, resucitar y dar a conocer el patrimonio del islam. Para alcanzar estos objetivos generales se crearon organismos especializados: un Banco islámico de desarrollo, un fondo de solidaridad islámica, una agencia internacional de prensa, un centro de arte y de estudios de la civilización islámica...

Instalada al principio en El Cairo, la sede de la OCI se trasladó a Djeddah cuando Egipto se vio excluido de ella después de los acuerdos de Camp David. Desde 1970, todos los años, la conferencia de ministros de Asuntos extranjeros se reúne en una ciudad diferente. La Conferencia suprema de jefes de Estado, después de Rabat sólo se ha celebrado dos veces, en Lahore (Pakistán) en 1974, y en Taif (Arabia Saudita) en 1981. Pero se celebró una sesión excepcional en Islamabad después de la invasión soviética de Afganistán. Esta fue condenada por unanimidad, y el nuevo Afganistán quedó «suspendido», mientras que se lanzó una llamada para «sostener material y moralmente al pueblo afgano».

Así se afirma como una constante la solidaridad islámica por la liberación de los pueblos musulmanes, sometidos a cualquier tipo de colonialismo. Se impone sobre todo, al menos en palabras, respecto al pueblo palestino contra el «peligro sionista».

Nasser, Sadat, Gadhafi, cada uno a su modo, van recogiendo la antorcha de la unidad islámica. Y estas ambiciones rivales son a su vez nuevas fuentes de división⁴⁴.

• *La declaración islámica universal de los derechos del hombre*

En 1981, el Consejo islámico proclamó una «Declaración islámica universal de los derechos del hombre», que fija para todos los gobiernos islámicos una especie de código común de la umma. Redactada en referencia con la fe musulmana, intenta echar un puente entre las concepciones occidentales y la tradición islámica. Este intento de compromiso no es más que uno de los problemas planteados al islam por el mundo contemporáneo.

9. Problemas contemporáneos

Antes de ver algunos de estos problemas, conviene constatar el contexto en el que se plantean a partir de los años 60. Según la mirada que se dirija sobre ellos, se hablará de la ascensión del islam o de la renovación islámica, de «la gran fiebre del islam» o «despertar del islam».

a) *La ascensión del islam*

Aparece, ante todo, por el lugar que ocupan los países musulmanes en nuestras informaciones diarias. Tanto si se trata de la «revolución iraní» con sus «excesos», como de las guerras del Próximo Oriente (en el Líbano, entre Irak e Irán), de las sublevaciones y de las guerrillas musulmanas en Filipinas o en Afganistán, o bien de los atentados cometidos por grupos chiítas, palestinos o cualquier «yihad islámica», no hay un solo día en que el mundo musulmán no esté presente en los telediarios de la actualidad occidental. Parece como si este mundo se hubiera vuelto «loco» y amenazara la tranquilidad de nuestro universo. Su «fanatismo» hace olvidar y oculta la mayor parte de las veces a ese «islam pacífico», que también está muy vivo. Porque lo cierto es que se percibe un despertar islámico.

• *Signos de este «despertar»*

♦ *El primero es el impulso de la práctica religiosa.*

Se observa, por ejemplo, una mayor asistencia a las mezquitas y un mayor número de mezquitas construidas. Estos últimos años se han edificado un millar en Egipto; en Uzbekistán se han abierto 65. Se multiplican en Pakistán, en África...

El éxito creciente que se palpa en la peregrinación a La Meca no se debe sólo al progreso de los transportes. El número de africanos musulmanes que cumplieron el *hajj* en 1978 fue superior al número total de peregrinos en 1954: aquel año fueron 164.000; veinte años más tarde, alcanzaban casi el millón.

♦ *El segundo signo es el número de conversiones.*

Afectan a las masas africanas, incluso entre pueblos que hasta ahora habían resistido a la penetración del islam. Así, el número de mossis islamizados pasó de 150.000 en 1956 a 1.200.000 en 1972. En numerosos países, como Egipto, o en países laicizados como Túnez, los recién convertidos se reclutan

en gran parte en los ambientes intelectuales, entre los estudiantes. Esta ola de conversiones alcanza también a occidente; todos conocemos convertidos célebres, como Garaudy, Vincent Monteil, Maurice Béjart, Chodkiewicz⁴⁵, Guy Pépin⁴⁶... Según los mejores especialistas, se calcula en 20.000 el número de «nuevos musulmanes» franceses desde 1980. El

En primer lugar, algunas cifras. Desgraciadamente obreros como intelectuales, y hasta en algunos sacerdotales⁴⁷.

• El islam en Francia

En primer lugar, algunas cifras. Desgraciadamente, son discutidas: entre un mínimo de 2 millones y un máximo de 6⁴⁸. Esta diferencia se explica por la dificultad de contabilizar a los practicantes habituales, a los que —por ejemplo con ocasión del Ramadán— manifiestan su adhesión al islam, y a la masa de inmigrados más o menos recientes, naturales de los países islamizados.

Esta última cifra es más fácil de precisar: el 38% de los extranjeros residentes en Francia proceden de países musulmanes: el Magreb, Turquía, Pakistán, Senegal y otros Estados africanos... Francia contaría entonces por lo menos con 1.800.000 fieles de Alá. Pero la identidad musulmana y la práctica religiosa son dos realidades distintas.

Más generalmente, la comunidad musulmana en Francia se calcula en 2.300.000. El islam es así la *segunda religión de Francia*, por encima del protestantismo y del judaísmo. Este grupo confesional ha crecido desde hace veinte años con la llegada de los antiguos «harkis» y la de las familias de trabajadores magrebíes y africanos. Pero también aumenta por la natalidad y el alza de conversiones.

Esta renovación se ha manifestado además, aunque discretamente, en la *ampliación del número de lugares de culto*. Entre 1979 y 1984 se ha más que duplicado el número de mezquitas. Oficialmente, en 1983 se contaban 438 salas de oración, distribuidas por 60 departamentos. París figuraba a la cabeza con 51 oratorios, seguido por la región Seine-Saint-Denis con 43, y luego el Nord y Rhône con 36 cada uno. El número real debe acercarse al millar, contra 300 en 1980. La gran mezquita de París se ha agrandado para que pudiera acoger a un triple número de creyentes. La Liga islámica mundial, Arabia Saudita, Libia, los Emiratos, Egipto, más las colectas en Francia, han proporcionado los fondos para ello⁴⁹.

En torno a estos lugares de culto se abren *escuelas coránicas*, adonde acuden los niños el miércoles y el sábado. En los alrededores se abren carnicerías especializadas, librerías y tiendas. Hay inspectores que recorren Francia para verificar que la carne destinada a los creyentes está debidamente sacrificada según los ritos, mientras que una especie de

«capellanes» visitan a los hermanos en los hospitales y en las cárceles.

Estos últimos tienen mucha tarea que realizar, ya que, como en otras partes, los musulmanes de Francia son «distintos».

– Una comunidad compleja

En el contexto mundial y en la vida política francesa de los años 80, el movimiento más aparente es el *integrismo*. Las mezquitas pueden ser focos de propaganda político-religiosa. Y el régimen del imán Jomeini tiene «liberados» permanentes que se esfuerzan por penetrar en las comunidades y difundir allí obras sobre la revolución iraní. Sin embargo, parece ser que este «integrismo», muy minoritario, afecta sobre todo a los ambientes estudiantiles. Su influencia parece reducida. Coincide con la de otros gobiernos que utilizan igualmente a los imanes: Argelia, Marruecos, Túnez, Arabia Saudita. Y choca sobre todo con el *tradicionalismo apolítico*. No hay que olvidar que más del 95% de los musulmanes de Francia son sunnitas.

Las corrientes más comunes son las mismas que en los países musulmanes de donde proceden los inmigrados: el marabutismo entre los africanos y algunos magrebíes, el modernismo entre los tunecinos, el sufismo entre los argelinos.

El movimiento actual está destinado sobre todo a *revivificar la fe* y las virtudes musulmanas. Algunos verdaderos misioneros, como los de «Fe y Práctica», intentan «llevar a sus hermanos por el camino recto». Oración, lectura del Corán, retorno a los valores familiares y sociales: tal es su mensaje. La renovación del islam en Francia es sobre todo religiosa. Y el éxito de un retorno a la fe, afianzando una identidad profunda, a menudo vacilante, podría ser un factor de seguridad para todos.

• El islam en España

Los musulmanes que residen en España, dejando aparte los núcleos de Melilla y Ceuta, suelen ser de origen extranjero. En primer lugar, obreros magrebíes, especialmente de Marruecos, cuyo número oscila entre 100.000 y 150.000, la mayor parte de ellos en situación anómala de residencia y de trabajo, indefensos ante los explotadores y sin posibilidad de organizarse religiosamente; se encuentran principalmente en Cataluña, Madrid, Bilbao y Málaga. Aparte de ellos, se encuentran actualmente en España unos 6.000 estudiantes árabes, en su mayoría musulmanes, procedentes sobre todo del Medio Oriente (unos 2.000 palestinos), aunque también marroquíes y saharauis. Asisten principalmente a las facultades de medicina (80%) y farmacia, aunque cada vez encuentran más dificultades en su acceso a la universidad. Son pocos los que, bien financiados y en centros bien montados y reconocidos por el Gobierno, acuden a cursos de temas hispano-árabes para posgraduados. Últimamente, sobre todo en Andalucía, ha habido algunas conversiones al islamismo y se advierte una intensa propaganda en este sentido.

Hasta hace poco sólo existían en España dos mezquitas: la de Marbella, creada en 1981, y otra en Pedro Abad, a 32 km de Córdoba, perteneciente a la Comunidad Ahmadia. Los jóvenes asociados a los «Estudiantes musulmanes» suelen habilitar uno de sus centros para la oración de los viernes. En Madrid, una sala del Instituto de Estudios Islámicos, que depende del Gobierno egipcio, sirve de mezquita para los residentes en Madrid. Acabadas ya las obras, está a punto de inaugurarse la mezquita árabe de la M-30, que será el edificio religioso más grande del islam en occidente (según El País, 6.8.89). En Barcelona y en Las Palmas, los obispos respectivos han puesto a veces a disposición de los musulmanes diversos locales de sus diócesis. En la actualidad se proyecta la construcción de varias mezquitas en los principales núcleos con población musulmana.

La Asociación Musulmana en España tiene como órgano de expresión cultural la revista «Al-Islam», editada en Madrid. En 1968 se creó la AIC (Asociación para la amistad islamo-cristiana) para crear un clima de amistad entre musulmanes y cristianos; entre sus mejores logros figura el Primer Congreso Internacional Islamo-Cristiano de Córdoba.

- *Razones de este «despertar»*

Las necesidades y el deseo de una identidad cultural están en el fundamento de este «despertar del islam», tanto en Europa, como en Africa o en la URSS. Esto se debe a numerosas razones:

Está ligado desde luego al *movimiento de independencia*. El reencuentro con la fe antigua o con una nueva fe forma parte del rechazo de la cultura y de la religión traídas por los colonizadores, franceses o rusos. Se trata de liberarse de todo lo que, traído por occidente, iba en contra y sigue todavía atacando al mundo dependiente de ayer.

En este rechazo, el islam *representa una barrera contra el modernismo*, al que se atribuye la perversión de las tradiciones sociales y de los valores ancestrales y la corrupción de la juventud.

El islam es aceptado con mayor facilidad porque *presenta una enorme simplicidad de fe, de doctrina y de práctica*. No hay dogmas complicados ni misterios incomprensibles. Tampoco es necesario, para adherirse al islam, rechazar unas costumbres profundamente ancladas, como la poligamia restringida. No hay clero ni iglesia que se impongan. Para ser musulmán, basta con una esterilla para orar y saber pronunciar la sahada. Finalmente, esta simplicidad del acto de fe le confiere una plasticidad favorable a las adaptaciones. Un negro puede hacerse musulmán sin abandonar el fondo primitivo de sus creencias.

Posee muchas veces, en Africa por ejemplo, las mismas costumbres que las de las culturas locales: circuncisión, poligamia... Como las tradiciones negro-africanas, tiene un contenido y unas prácticas sociales *basadas en la comunidad* más que en el individuo. —Por tanto, convertirse al islam no exige ninguna renuncia cultural—. Además, esta fraternidad responde totalmente a la necesidad actual de un mundo desamparado, dividido, en donde el aislamiento acecha a los individuos.

El islam tiene además la *oportunidad de sobrevenir en un momento en que se esclerosan las religiones tradicionales*. Así ocurre con el animismo africano enfrentado con la urbanización. Pero ocurre algo parecido con las Iglesias cristianas de dogmas vacilantes, de comportamientos a veces contradictorios, unas veces demasiado «modernistas» y otras demasiado «integristas».

El islam, finalmente, en contra de la imagen que transmiten algunos medios de comunicación occidentales, *aparece como tolerante*. No tiene para el convertido eventual las exigencias y urgencias del catolicismo romano.

Añadamos que *las comodidades de las comunicaciones modernas facilitan su expansión*. El avión y el transistor desempeñan en favor suyo la función que tuvieron en la Edad Media y en el Renacimiento las peregrinaciones y la Biblia impresa.

Sin embargo, estos factores de avance no son únicamente oportunidades de progreso.

b) *El islam en la encrucijada*

- *Los riesgos son los de todas las religiones*

El «radicalismo» puede derivar en *cerrazón* y en *fatalismo* retrógrados. El «despertar» puede adormecerse en el confort de un moralismo estrecho. La búsqueda de identidad puede derivar hacia una xenofobia anti-occidental. Y, como se ve muy bien desde la revolución iraní, pero no sólo en Irán, la renovación es «invocada y hasta utilizada» por regímenes tiránicos, por dictaduras militares o pseudo-revolucionarias. ¿No es éste el caso del Sudán, incluso después de la eliminación del Pt Nemeiry, en Pakistán, en Libia?

Hay una *desviación política*, tanto más real cuanto que está inscrita en la confusión coránica entre lo espiritual y lo temporal. Los hermanos musulmanes se ven unas veces halagados y otras perseguidos, según ayuden a tomar el poder o lo critiquen por ser demasiado «laico»⁵⁰. Como ayer los reyes catolicísimos o los príncipes protestantes, algunos regímenes sienten la tentación de servirse de la religión para dar solidez a la unidad nacional naciente o precaria. La unificación por la sari'a: tal era la política del general Mohammed Zia Ulhac en Pakistán.

Esta tentación nacionalista puede incluso desembocar en una especie de *nuevo mesianismo universal: el panislamismo*. Para los que ceden a ella, el islam sería un modelo para el mundo. La aplicación de la sari'a debería resolver todas las dificultades nacidas del capitalismo o del socialismo. Su encarnación en un estado —Irán— anuncia el alba de la islamización mundial. Es la utopía de la reconciliación definitiva entre la religión y el Estado, la fe y el mundo. Esa sería la «revolución islámica»: paz y justicia para el universo entero.

En contra de este expansionismo de la huida hacia adelante, otros sienten la tentación de *replegarse en el moralismo*. Los ritos, las prohibiciones y las prácticas sirven para tranquilizarlos. El formalismo y hasta la piedad se convierten en un refugio en un mundo secularizado que ignora, desprecia o ridiculiza las prescripciones y las virtudes predicadas por el Corán.

Más profundamente, el islam conoce el problema de toda religión tensa *entre el espíritu y la letra*.

¿Hay que ser fiel al espíritu desencarnándose y perdiendo sus raíces y su asentamiento popular? ¿Hay que ser fiel a la letra a costa de traicionar el espíritu? Esta tentación es quizás aún mayor para los adeptos de un Corán del que no se puede cambiar ni una sola palabra.

Es la cuestión esencial de *la adaptación al mundo*.

¿Cómo conservar la identidad cultural y religiosa del islam en una sociedad tan diferente de la que conoció el profeta? ¿Cómo vivir la sunna y la sari'a en el mundo de las megápolis, de los jets y de los ordenadores, un mundo en perpetua y rápida transformación? ¿Cómo adaptar el islam a los sistemas económicos dominantes, la ley del mercado o de la planificación centralizada? Y sobre todo, ¿tiene que hacerlo?

Están los *modernistas*, que creen que el islam es asunto privado. La vida social y política tienen que ser laicizadas. Tienen que abrirse a los comportamientos, a las doctrinas y a las técnicas contemporáneas. La democracia representativa, la integración de las mujeres en la sociedad y sus tareas más modernas, la ciencia y sus aplicaciones: nada de todo eso contradice al islam. Es la llamada que lanza, por ejemplo, Abdus Salam⁵¹ «por un renacimiento de la ciencia en el mundo islámico».

Es lo que han hecho o intentan hacer algunos países como Argelia, Túnez y hasta Marruecos, Egipto, y más aún Irak, que tienen que enfrentarse con las críticas y protestas, y a veces las revueltas y motines, de los radicales, especialmente de los hermanos musulmanes, pero también de los grupos pro-iraníes, como el PRI en Marruecos.

Algunos incluso llevan esta adaptación al mundo moderno hasta adoptar las ideologías más progresistas. Hay, si no un islam socialista, al menos *musulmanes socialistas*. Pretenden, como Alí Yata, que «nada impide a un creyente ser socialista militante, ya que tanto el islam como el socialismo se preocupan de liberar a los hombres de la servidumbre». Sin embargo, a los partidos marxistas o comunistas les cuesta mucho trabajo hacerse aceptar por sus compatriotas musulmanes, incluso en países laicizados como Marruecos.

Están, por otra parte, los *conservadores*, que se encarnan en monarquías más o menos teocráticas: Jordania, Arabia Saudita... Han hecho de la sari'a el pilar de la legislación, lo cual no impide la invasión del modernismo traído por los petrodólares. Por eso temen la actividad de los fundamentalistas, sostenidos desde Teherán.

Las divisiones políticas contemporáneas que oponen, con las armas en la mano, a grupos contra grupos en el Líbano, llegando incluso a guerras encarnizadas —como entre Irak e Irán— demuestran que estos problemas no son solamente especulativos.

• *Las oportunidades*

Radican en el esfuerzo emprendido por numerosos musulmanes por hacer que el islam evolucione y pueda vivir en el siglo XX sin disolverse en él y sin conquistarlo. La universalidad del mensaje islámico no significa ni mucho menos que quiera imponerse al resto del mundo. Pero el mundo tiene necesidad de su «exigencia espiritual», que constituye el fundamento de todas las religiones. Habib Chatti, tunecino, que fue secretario de la Conferencia islámica, representa muy bien esta tendencia cuando escribe: «Unirse para enfrentarse mejor con los imperativos de la vida moderna y para servir mejor al género humano, establecer el diálogo entre todos los hombres, sin distinción de razas, de culturas y de ideologías, para permitirles conocerse mejor, reconocerse mejor tanto en su identidad profunda como en sus diferencias legítimas».

Los *pesimistas* piensan que el islam, que «asocia indefectiblemente los problemas religiosos y las cuestiones políticas», es incompatible con el occidente democrático y cristiano. Tienen miedo de que éste se vea algún día sumergido por la irresistible marea de un panislamismo duro y conquistador.

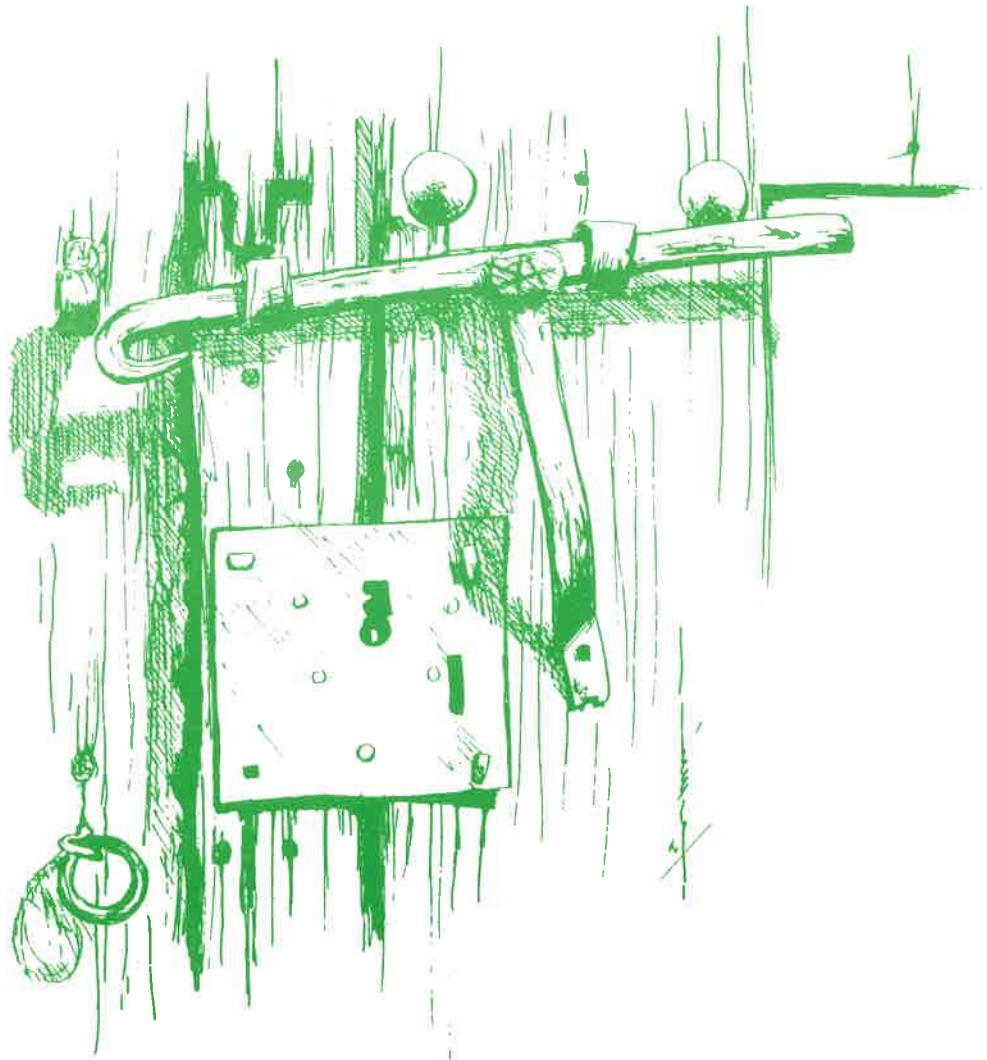
Los *optimistas* están convencidos de que el verdadero islam no es el de los «radicales» que parecen tener el viento en popa. La crisis que está atravesando el mundo islámico no es más que una crisis de crecimiento, más allá de la cual un islam maduro podrá aportar al mundo las riquezas de su fe y de su cultura. Esta madurez depende, en parte, de la actitud que se tome ante él.

Para comprender LAS RELIGIONES EN NUESTRO TIEMPO

Albert Samuel



EDITORIAL VERBO DIVINO
Avda. de Pamplona, 41
31200 ESTELLA (Navarra) - España
1989



que no se cierren las puertas,
que no existan las vergüenzas,
y si alguien tiene hambre
que pase y coma.